

## VENGO DE LA VIDA

No cierres las ventanas de tu alma,  
dame vidrios que viven de luceros  
aunque estén empañados por la lluvia  
de ese pájaro rojo  
que gorjea sentimiento.

Tú que miras cristal en mi presencia,  
¿no ves turbio mi espejo?  
Vengo desde la vida,  
soy de su rueda fría  
un pedazo de hierro.

¡Qué triste ser de carne  
teniendo lunas dentro!

No dejes en la noche  
que ondula mi cabello,  
un jazmín o caricia  
con tus dedos.  
Calla el pájaro rojo,  
que no vibre tristeza  
por tu pecho.

Soy hierro siendo luna,  
espejo siendo cieno,  
soy luna que refleja  
la rosa en sus anhelos,  
las gasas libertadas  
en el azul silencio.

Déjame solo... ¡Solo!...  
Con el sonido ausente  
en nácares de ensueño;  
con escuchas del Alba  
sin plumas en los dedos,  
con armarios de luna  
nostálgicos de espejos...

¡Qué triste ser de carne  
teniendo lunas dentro!

Badajoz, Abril, 1949.

MANUEL PACHECO

## VISPERAS DE BODA

( CUENTO )

POR ANDRÉS CALDERÓN RODRÍGUEZ

I

TRAS algunas vacilaciones, naturales ante una determinación de tanta trascendencia, estaba decidido a casarme.

Estoy convencido de que, a partir de determinado momento en la vida, el estado natural del hombre es el de casado. Y todos los síntomas denotaban que para mí había llegado ya ese momento, pasado el cual se entra en la categoría de solterón.

Tenía treinta años cumplidos; si bien la edad en estos casos suele ser lo de menos. Lo principal es que, por todos conceptos, yo había culminado la curva. Estaba cansado de hoteles y pensiones; mi vida, bastante nómada, estaba saturada de locuras de juventud, y ya me apetecía la tranquilidad del hogar, junto a una mujer bonita y buena, que sonriera con dulzura cuando me viera triste, me diera algunos hijos, sin los que no concebía el matrimonio, y me pusiera las zapatillas cuando llegara fatigado a casa.

Afortunadamente contaba con esa mujer, dechado de bondad y de belleza.

La iniciación y desarrollo de mi noviazgo con Marisa fueron de lo más vulgar que darse puede.

Marisa era vecina mía. Cuando estaba en casa, la veía casi a diario, porque solíamos coincidir en las horas de ir y regresar de la oficina. Un día, por casualidad o fatalismo, tal vez por esa habilidad de la mujer con «gancho», ocurrió lo que hasta entonces no ocurriría. Me fijé en ella y me gustó.

Indiscutiblemente era mi tipo. Tenía una estatura proporcionada a la mía, buen talle, su rostro de piel blanca y fina hacía un bello contraste con el marco de su cabellera de ébano, había en sus labios una fisiológica predisposición a la sonrisa y sus ojos, francamente bonitos, tenían el atractivo de su ingenuidad.

Se inició el natural asedio; ese intercambio de frases que pasa gradualmente de lo trivial a lo ridículo, bordeando lo sublime. Y por fin, en un atardecer de primavera, en el que ella estaba más linda que nunca y mis palabras traducían el hervir pasional de la sangre, Marisa tuvo la gentileza de apretar levemente mi mano, ponerse encendida como uno de los claveles que reían desde el enrejado de las ventanas y susurrar en mi oído ese «sí» candoroso, que a los hombres nos enloquece con el burbujear de su halago.

Después... nada. Un noviazgo como otro cualquiera.

Como viajante de la Casa «Flores y Cía. S. L.», mis ausencias